

píritu; es la esencia perfumada que se levanta como incienso del fondo de la materia, y, tomando forma de nube, envuelve el corazón del hombre; es el beso de la gloria que modela con amor todo lo que besa; es el ideal que reposa antes de emprender el vuelo, sobre la pluma del aire, sobre el terciopelo de las flores, en lo hondo de la mirada y en los labios de la mujer, y en los cuerpos de las vírgenes; es la serenidad del cielo que mira la bondad que pasa; es la dorada polvadera que suscitaron con las alas los ángeles al pasar á ras de tierra. Cuando la belleza se despierta, abre las puertas del día; cuando se duerme, enciende las estrellas del cielo; cuando pasa, las nubes lo saben, y, vestidas de oro y púrpura, la siguen majestuosas camino adelante, hasta el cerro de la aurora ó la hermosa despedida de la puesta del sol. Cuando se detiene, brota todo un campo de flores, se levanta alguna obra de arte, se destrenza un rayo de armonía ó la poesía se desvela y canta cantos de ventura. Cuando sueña, sueñan todos los poetas; cuando llora, tiemblan todas las almas, y cuando reza, calla el hombre, calla el viento, callan las voces de la selva y entreabren los ventanales de la gloria y se arrodillan los ángeles. A veces camina triste y se detiene junto al agua, y el agua llora bajo las frondas. A veces besa al niño que se encuentra á la orilla del camino, y el niño crece envuelto en resplandor de estrellas de hermosura. A veces canta al compás de la lira canciones de

amor al poeta, y el poeta muere cantando aquellas canciones dictadas, y nace un bosque de laurel al lado de la tumba, y siempre, siempre, por donde pasa, deja rastro de hermosura para los ojos que saben gozarla. ¡Oh, belleza! Dichosos los que te oyen y te ven, los que tiemblan cuando te adivinan, los que adoran tu andar de soberana, los que te buscan para besar tu cabellera, los que lloran tu ausencia, los que á toda hora te sueñan y los que por tu gloria rezan. ¡Rezad por ella ¡oh poetas! que ella quitará las espinas del camino de vuestra vida!

(Los Poetas entran en la capilla.)

ESCENA VI

EL ERMITAÑO Y LA PUBILLA.

Mientras *El Ermitaño* dice estas palabras, entra *La Pubilla* y se queda escuchándole. Al verla, le dice:

EL ERMITAÑO

¡Qué veo, Dios del cielo! ¡Ella! (*La Pubilla* adelanta hasta los escalones de la ermita y se arrodilla á los pies del *Ermitaño*.) ¡Tú! ¿Eres tú, desventurada?

LA PUBILLA

Sí, soy yo.

EL ERMITAÑO

¿No estoy soñando?

LA PUBILLA

No sueñas: soy yo. Soy aquella de un día, aquella á quien tú amabas, aquella tan orgullosa. Soy yo, que vengo á buscarte y á arrodillarme á tus pies.

EL ERMITAÑO

¿Y á qué vienes?

LA PUBILLA

Me he adelantado á los que suben, y vengo á suplicarte, á rogar, á pedir perdón; acaso á verte, acaso á oír tu voz.

EL ERMITAÑO

¿Y qué quieres?

LA PUBILLA

Que me salves. Que nos salves á todos.

EL ERMITAÑO

¿Que te salve, dices?

LA PUBILLA

Sí. Tengo hijos que no conoces. Soy madre, y estos hijos morirán de miseria si tú no haces el milagro de que dé pan la tierra.

EL ERMITAÑO

¿Yo, milagros?

LA PUBILLA

Sí, tú puedes hacerlos. Todos dicen que tu poder es inmenso, que tu palabra es sagrada, que

tienes fuerza para mover las tempestades, y lo creo por la que yo siento.

EL ERMITAÑO

Crees que puedo hacer milagros, y no tuve poder para hacerme amar. ¡Me crees tan omnipotente, y me dejaste por los dineros, á mí que tanto te quería, que te había colocado en el altar de mi alma, que te llevaba como un sueño y que hasta de tu corazón he despojado mi vida! ¡No puedo hacer milagros! La lluvia viene de muy alto, y yo vivo clavado á la tierra.

LA PUBILLA

Si no eres tú el que haces milagros, tu voz será oída, porque los que no sois como nosotros habláis de otra manera; sabéis pedir con más dulzura, y allá arriba os entienden. Haz lo que te pido, y salvarás á mis hijos.

EL ERMITAÑO

¡Qué no hubiera hecho por ti! ¡Hasta milagros, si me hubieses querido!

LA PUBILLA

¿Tú crees que no te quería?

EL ERMITAÑO

¡Que me querías! ¡Y no quisiste seguirme!

LA PUBILLA

Porque me dabas miedo, y porque no te entendía. Nos dais miedo los que vivís entre sueños:

vuestra vida nos espanta. Sois gentes de otro mundo, tal vez más hermoso que el nuestro, pero que no es igual que el nuestro. A los hombres como tú los amamos para unir á ellos nuestros sueños. Nos casamos con otros y les entregamos el pobre cuerpo, porque ellos saben mantenerlo; pero el alma es para vosotros, que sabéis ilusionarla.

EL ERMITAÑO

¿Y sin amor has sabido vivir?

LA PUBILLA

No era amor lo que sentía al casarme. Quería, pero de una manera diferente de la que tú decías. ¡Qué sé yo! Quería sin angustia, con la paz de una vida en reposo.

EL ERMITAÑO

¡Pobre vida! El egoísmo es el que entró en tu corazón. La pereza de ideal, la avaricia del reposo y la cortedad de los sueños fué la que te detuvo é hizo que lo perudieses todo. ¿Qué sacaste de unirme con un hombre rico y de poseer tantas tierras, si no has tenido un pedazo de cielo que yo ambicionaba para ti?

LA PUBILLA

¡Qué sé yo, pobre de mí!

EL ERMITAÑO

¡Quince años han pasado! ¿No te asustan quince años? ¿No te parece que no has vivido en todo

este tiempo? ¿No vale más un momento de amor bien hondo, que tantos años de indiferencia? ¿No has echado nunca de menos, engolfada en la prosa, una lucecita de poesía? ¿Cómo has mecido la cuna sin una canción en los labios? ¿Cómo has rezado sin fe? ¿Con qué balsamo te has podido secar las lágrimas que te ha amargado la tristeza? ¿Cómo has podido caminar entre este camino de espinas, sin encontrar una flor que te endulzase la vida?

LA PUBILLA

¡Ten lástima de mí! Bien he echado de menos eso que me dices; pero no sabía lo que era. Era un vacío que sentía en el corazón, un abismo que no sabía explicarme. Tú lo puedes todo, y ya que el pasado no tiene cura, cúrame las miserias de ahora.

EL ERMITAÑO

¡Esa miseria que tú dices no la curo!

LA PUBILLA

¡Sí puedes. Eres santo, y tienes tanto poder como ellos. (Se nubla.) ¿Ves cómo, queriendo tú, el cielo se cubre de nubes?

EL ERMITAÑO

No son nubes del cielo las que pides para curarte: son nieblas de egoísmo.

LA PUBILLA

¡Tengo hijos!

EL ERMITAÑO

Pero no son hijos del amor.

LA PUBILLA

¡Perdóname!

(Se oye á lo lejos el coro de *Peregrinos* que se va acercando.)

EL ERMITAÑO

No tienes culpa. Todo murió para mí hace mucho tiempo. De aquellas ilusiones no quedan más que cenizas, pero son cenizas del recuerdo, que son las que más amo. De aquel pasado de ventura me queda la melancolía; pero es tan dulce, que te la agradezco. A ti te quedan cenizas frías que te helarán el alma.

LA PUBILLA

No son tan frías como tú crees: también es dulce para mí el recuerdo; también me arrulla el pensamiento la memoria de aquellos días. Acaso no nos veremos nunca más, y antes de irme quiero decirte que aún salen chispas de aquel pobre rescoldo.

EL ERMITAÑO

(Cogiéndole la mano y mirándola indeciso y pensativo, hasta que, como quien toma una resolución, le dice:)

¡Adiós! Vete con los tuyos, criatura de la tierra.

ESCENA VII

EL ERMITAÑO, LOS POETAS, LA PUBILLA, EL HEREU,
VIANDA y *demás* PEREGRINOS.

Por el fondo llegan los romeros. Hombres, mujeres y niños entran y cantan. Vienen en procesión, algunos con los brazos en alto, muchos descalzos, otros con los brazos en cruz, todos polvorientos y sudorosos, y uno de ellos arrastrando una cadena. En medio irá *Vianda* más desastrado que ninguno, y delante *El Hereu*. Algunos tendrán bocio; otros vientre hidrópico y casi todos la cabeza muy grande. Al llegar junto á la ermita caen de rodillas. *El Ermitaño* los recibe en lo alto de la escalerilla, rodeado del grupo de *Poetas*, que al oír los cánticos van saliendo de la ermita. El cielo está muy nublado, amenazando tempestad. Cantan:

EL ERMITAÑO

¿Dónde vais?

EL HEREU

A buscar el remedio que necesitamos. A pedirte socorro.

EL ERMITAÑO

¿Aquí venís á buscarlo?

EL HEREU

Sí, hombre santo. Sabemos que con tu mirada hasta devuelves la salud á los leprosos y á los apestados; que arrojas los malos espíritus, y que con los cánticos que cantas vuelves la vida. ¡Cura nuestra miseria!

TODOS

¡Cúrala!

EL ERMITAÑO

Yo no curo miserias. Doy esperanza á los que las padecen.

EL HEREU

Te suplicamos que hagas llover.

TODOS

¡Haz llover!

VIANDA

¡Haz llover, si puedes!

EL ERMITAÑO

Yo alimento el espíritu y mantengo las ilusiones al pobre desconsolado; pero los males del cuerpo no los curo.

EL HEREU

¡Dinos, por Dios, lo que tenemos que hacer!

EL ERMITAÑO

Creer.

TODOS

Te creeremos.

EL ERMITAÑO

No es á mí á quien tenéis que creer. En vez de grano tenéis que atesorar esperanzas, para tenerlas en las horas de angustia; tenéis que ser avaros de fe, y no de oro, que el oro no calma la sed; no debéis vivir de prosa, que la prosa sólo sirve para

los días en que tenemos lluvia; pero se necesita la poesía para los días secos de la vida.

LA PUBILLA

¡Creemos!

(Da un gran trueno.)

EL ERMITAÑO

¡Escuchad! Hasta lluvia os dará la fe; hasta milagros, si creéis; tal fuerza tiene el ideal y tan gran misterio es la creencia. ¡Oid, hermanos míos! Antes que descreídos, vale más ser supersticiosos.

LA PUBILLA

¡Perdónanos!

TODOS

¡Perdón!

EL ERMITAÑO

Sí; pecáis sin daros cuenta de ello; pecáis de vivir aletargados, de tener el alma dormida. ¡Despertad! (Todos se arrodillan.) Despertad, y pedid con el corazón que la tierra sea cuna de sueños de poesía; que el arte nos ampare y nos llene la vida de ilusión; que las canciones nos levanten y que tengamos sed de amor, y que el espíritu nos guíe hacia el camino de la gloria. Tened fe en la poesía, que nos dará calor al alma cuando tengamos frío en los huesos; que bendicirá la alegría y endulzará la tristeza. (Música.) La poesía es la fe purificada, y todo lo alcanzamos con ella, que todos los milagros del hombre los ha hecho la poesía. Cielo de nubes, oye á los que suspiran, á los que creen

y aman, á los que llevan en el alma el deseo de la belleza. (Empieza á llover con gran fuerza.) ¡Amigos míos: ya llegó la tempestad tan deseada!

EL HEREU

¡Guarezcámonos!

VIANDA

¡Compañeros! Ya tenemos cosecha.

(A todo correr, unos se meten debajo de los árboles, otros entran en la capilla, y todos se guarecen donde pueden, menos *El Ermitaño* y los *Poetas*, que gozan el espectáculo.)

ESCENA VIII

EL ERMITAÑO y los POETAS.

EL ERMITAÑO

¡Gracias, oh Cielo bondadoso! Gracias por ellos, y más aún por nosotros. Te llaman ¡oh tempestad!, y en cuanto te tienen se esconden de tu presencia y ni siquiera gozan tu hermosura. «Para ellos serán las cosechas, pero nosotros saborearemos las visiones deslumbradoras; para ellos los graneros rebosantes, para nosotros la visión de las espigas que ondulan como cabellera dorada; para ellos el fruto de la tierra, para nosotros las flores; para ellos la aspereza del terruño, para nosotros el paisaje y las nubes.» Llueve para ellos, y danos á nosotros la luz. Llueve dentro de los corazones

secos, llueve lágrimas para los que no las tienen, llueve gracia y misericordia! Bajad, cascadas de nubes, y venid, rioladas de sol, que es más hermosa la luz cuando nace dentro de la sombra.

(Se queda como en éxtasis, rodeado de los *Poetas*, y mirando la tempestad que va alejándose hacia las montañas del fondo. Poco á poco va aclarando, y á medida que aclara van saliendo otra vez los *Peregrinos*.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y los PEREGRINOS.

EL HEREU

¡Ya se aleja la lluvia! (Mirando al fondo.) Mirad cómo riega el llano.

UNO

¡Qué bendición de Dios!

EL HEREU

¡Todos los campos rebosan de agua!

VIANDA

¡Cuánto vino saldrá de esta agua!

EL HEREU

¡Y qué pan! Cada gota es un beso que fecunda nuestra tierra.

VIANDA

¡Hoy besaremos la tierra!